

Psiquiatría de Guerra, Psicología de Paz

Las neurosis de guerra y el oro puro del psicoanálisis

Juan Campos Avillar

Coincidiendo con el día de apertura del período ordinario anual de sesiones de la UNESCO, el tercer martes de septiembre será proclamado y observado como el Día Internacional de la Paz y se dedicará a conmemorar y reforzar los ideales de paz tanto dentro como entre las naciones y las gentes.

([resolución 52/232 <ares52232.pdf>](#), 8 de junio, 1998).

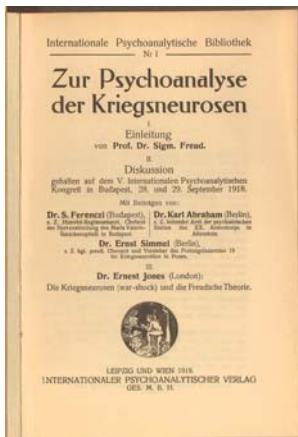
En 2001, el día de apertura será el 11 de septiembre.

No sé por qué a los psiquiatras se nos da mejor eso de la psiquiatría de guerra que no la psicología de paz ---entendiendo esta como una manera de vivir, de pensar, de sentir y de hacer en paz, en paz con uno mismo y con los demás. Quizás sea debido a la condición de médicos, que más bien lleva a esperar a que el sano se le ponga enfermo el cuerpo para poderlo curar y devolverlo, ya sano de cuerpo que no de vida, a la situación y condiciones que le llevaron a enfermar. Las neurosis de guerra, primera entidad gnoseológica de orden grupal inventada por los médicos el siglo pasado cuando la guerra, un mal común, una enfermedad endémica... se globalizó y convirtió en pandémica. Desde que el mundo es mundo que hubo guerras, la historia y al fin al cabo no es mucho más que un recuento, parcial naturalmente, de las que tuvimos que sufrir los humanos. Hasta no llegar al siglo pasado, sin embargo, la guerra era cuestión de profesionales de carrera, guerreros y mercenarios que se ganaban con ella la vida, y la gloria con el noble oficio de matar semejantes y hacerlo con toda la impunidad que da una buena causa. Antes, en la antigüedad hubo incluso guerras de religión, guerras santas, monjes guerreros, cruzadas con que ganar indulgencias, ganarse el cielo o entrar en el paraíso al mismo tiempo que uno esquilaba al enemigo. Con la guerra de 1914 sin embargo, una guerra justa por ambos bandos en contienda, como son todas sea dicho de paso, los militares de oficio, los «señores de la guerra» no contaban con suficiente «soldadesca» para la Gran Guerra que armaron, y se vieron obligados a recurrir en gran escala a civiles, paisanos, es decir a profanos en el oficio de la guerra. Los llevaron engañados con la excusa de que aquella iba a ser la última de las guerras y el señuelo de banderas y estandartes, entonando llenos de gozo, himnos patrióticos y marchas guerreras, marchando al paso que les marcaban las bandas militares... pero ese entusiasmo duró poco, tan sólo hasta llegar a las trincheras. Allí empezó a sonar otra música, el tronar de los cañones substituyó al de las bandas, y en vez de las flores de las turbas enardecidas que les despedían empezaron a llover obuses, fango y los colegas caían como moscas a lado y su sangre y sesos desparramados les emporcaban la guerrera que tan orgullosamente lucían. El estruendo de los cañones no les dejaba conciliar el sueño, y de hacerlo les acosaban las pesadillas de los que despiertos no podían evitar mal vivir. Pero no todos tenían madera de héroes, y ni siquiera estos se escabullían de pasar miedo. No había vuelta atrás, huir frente al enemigo era para afrontar un pelotón de fusilamiento, que además de por vida ir cubierto de vergüenza tú y los tuyos por los siglos de los siglos. Este y no otro era el conflicto que tenían los ciudadanos hechos soldados a la fuerza por

una soldada de miseria y no digamos de para aquellos con conciencia les suponía el conflicto de tener que matar, morir matando o morir huyendo como sucedía a los desertores. Ante esta situación, no es de extrañar, algunos, a sabiendas o no, se devanaran los sesos. ¡Adelante! Mientras el cuerpo aguante, siempre adelante les arengaban sus jefes. La solución era bien sencilla, que el cuerpo dejara de aguantar y ponerse enfermo. Que los cuerpos de ejército se descompusieran con ello, no importa. A nivel personal salvar la piel era la inmediata encomienda. Como “darse de baja” una vez enrolado no estaba permitido, la alternativa era “ser baja”. Cabían sólo dos soluciones, o volverse loco —y te evacuaban mal que fuera para recluirte por lunático y de vida en manicomio— o bien, “hacerte el loco”—hacer como que no te enterabas de que la muerte te acechaba, cosa que en la vida civil no estaban acostumbrados, pero que en el frente se hace bien difícil ignorar— o mejor “hacerte pasar por loco”, solución genial que la soldadesca con la ayuda de los médicos de ambos bandos inventaron. Así nació el “*shell shock*” y la polémicas acerca de si de lo que estaba afectado en estas “bajas” eran sus neuronas y meninges, si eran enfermos imaginarios a lo Moliere, o meros “simuladores” víctimas de sus cavilaciones, imaginación perversa y deshonorosa cobardía. Lo malo era que a esos su pérdida de juicio, les podía suponer un “juicio sumarísimo de guerra” castigado con la misma severidad que desertor puro y llano o al listillo que para escapar se mutila pegándose un tiro en el índice asesino, acabar frente a un pelotón de fusilamiento. Ahí fue cuando en su auxilio vinieron los médicos y la sanidad militar, con una triple misión: separar ovejas de cabritos; convencer es por las buenas o por las malas a quienes iban de buena fe de que volvieran al matadero; y mandar al pelotón a los malvados, para que sirvieran por lo menos de ejemplo. Dado que por aquel entonces ni el suero de la verdad ni el detector de mentiras se habían todavía popularizado ni abundaban, a mucho tirar se disponía de las «asociaciones encadenadas» de Jung o a la «cura hablada» bajo hipnosis, barbitúricos o con la ayuda de corrientes farádicas y con ellas tuvieron que contentarse los médicos en su diagnóstico diferencial entre «*shell shock*», «shock psicológico», «fatiga o neurosis de guerra», o simulación pura y llana recurrieron los médicos, si bien no todos —algunos preferían sacarles la verdad a golpe de ferodo o torturas de género que fueran hasta confesar su criminal cobardía o “curarles” de ella y devolverlos al frente. Si el miedo les había enfermado, sería en miedo quien les curaría”. Hubo médicos, sin embargo que acosados por sentimientos humanitarios, se les ocurrió aducir el inconsciente freudiano y atribuir al conflicto intra-psíquico la cobarde “histeria masculina” y considerarlas neurosis ambientales, neurosis o fatiga de guerra. Así fue como se introdujo el término de neurosis de guerra o neurosis de defensa y la “cura hablada” en el armamentarium de la Sanidad y de la Justicia Militares, cuerpos del Ejército responsables de encontrar solución al problema. A fines de la primera guerra mundial, además de las neurosis de guerra habían nacido la medicina psicológica con dos especialidades: la psiquiatría militar y la psiquiatría forense, y ¿por qué no?, la psicología militar, por lo menos los Americanos hicieron buen uso de *tests* en su reclutamiento de civiles.

Mi interés particular por la neurosis de guerra, deriva del que tengo por el desarrollo de la medicina, de la psiquiatría y al papel que en ese desarrollo jugaron el psicoanálisis, las psicoterapias y las terapias de grupo o terapias de la comunidad. Gracias a los buenos oficios de von Freund, un cervecero de Budapest, afecto de cáncer que se había analizado con Freud durante la guerra y hecho gran amigo, los poderes centrales organizaron en esta ciudad un Symposium sobre Neurosis de Guerra que ha pasado a la historia del psicoanálisis como su Vº Congreso Intencional, por más que con exclusión de un holandés, todos sus participantes, ni tan siquiera una veintena, procedieran de los poderes centrales, si bien a la hora de publicarlo en 1919 se añadiría el londinense Ernest Jones con su «Neurosis de guerra (*shell shock*): punto de vista Freudiano». El libro, totalmente de

actualidad, que conjuntamente con los de Abraham Kardiner del 1941 «The Traumatic Neurosis of War» y de K. R. Eissler del 1966 «Freud as an Expert Witness», nos demuestran lo poco que han cambiado las opiniones desde el punto de vista del psicoanálisis. Es en este respecto de interés el primero y último párrafo del prólogo de Freud al Congreso y que a continuación cito. Así empieza:



“Nunca hemos pretendido haber alcanzado la cima de nuestro saber ni de nuestro poder, y ahora, como antes, estamos dispuestos a reconocer las imperfecciones de nuestro conocimiento, añadir a él nuevos elementos e introducir en nuestros métodos todas aquellas modificaciones que puedan significar un progreso. Viéndonos reunidos de nuevo, después de largos años de separación, durante los cuales hemos luchado animosamente por nuestra disciplina, he de inclinarme a revisar el estado de nuestra terapia y a examinar en qué nuevas direcciones podría continuar su desarrollo. Hemos formulado nuestra labor médica determinando que consiste en revelar al enfermo neurótico sus tendencias reprimidas inconscientes, y descubrir con este fin las resistencias que en él se oponen a semejante

ampliación de su conocimiento de sí mismo. El descubrimiento de estas resistencias no equivale siempre a su vencimiento; pero una vez descubiertas confiamos en alcanzar este último resultado utilizando la transferencia del enfermo sobre la persona del médico para infundirle nuestra convicción de la falta de adecuación de las represiones desarrolladas en la infancia y de la imposibilidad de vivir conforme a las normas del principio del placer. Ya en otro lugar he de exponer los caracteres dinámicos de este nuevo conflicto que sustituimos en el enfermo al anterior, patológico, y por ahora no tengo nada que agregar a dicha exposición.”

Y así acaba:

“Se nos planteará entonces la labor de adaptar nuestra técnica a las nuevas condiciones. No dudo que el acierto de nuestras hipótesis psicológicas impresionará también los espíritus populares, pero, de todos modos, habremos de buscar la expresión más sencilla y comprensible de nuestras teorías. Seguramente comprobaremos que los pobres están aún menos dispuestos que los ricos a renunciar a su neurosis, pues la dura vida que los espera no les ofrece atractivo alguno y la enfermedad les confiere un derecho más a la asistencia social. Es probable que sólo consigamos obtener algún resultado cuando podamos unir a la ayuda psíquica una ayuda material, al estilo del emperador José. Asimismo, en la aplicación popular de nuestros métodos habremos de mezclar quizá el oro puro del análisis al cobre de la sugestión directa, y también el influjo hipnótico pudiera volver a encontrar aquí un lugar, como en el tratamiento de las neurosis de guerra. Pero cualesquiera que sean la estructura y composición de esta psicoterapia para el pueblo, sus elementos más importantes y eficaces continuarán siendo, desde luego, los tomados del psicoanálisis propiamente dicho, riguroso y libre de toda tendencia.”

No era esta sin embargo la primera vez que Freud se interesaba por la guerra, ni sería tampoco la última: La primera había sido en 1915 cuando como conclusión ante su «Decepción ante la guerra» de este modo *“Por qué las colectivas individualidades, las naciones, se desprecian, se odian y se aborrecen unas a otras, incluso también en tiempos de paz, es, desde luego, enigmático. Por lo menos, para mí. En este caso sucede precisamente como si todas las conquistas morales de los individuos se perdieran al diluirse en una mayoría de los hombres o incluso tan sólo en unos cuantos millones, y sólo perdurasen las actitudes anímicas más primitivas, las más antiguas y más rudas.*

Estas lamentables circunstancias serán, quizá, modificadas por evoluciones posteriores. Pero un poco más de veracidad y de sinceridad en las relaciones de los hombres entre sí y con quienes los gobiernan deberían allanar el camino hacia tal transformación.”

Acaba aquello en su famoso discurso del “oro puro del análisis”, como dirá en su prólogo al Symposium sobre Neurosis de Guerra de Budapest el 28-29 de Septiembre de 1918.

Muchas veces me he preguntado por qué a Freud no se le ocurrió cambiar de caldero y pasar al análisis en grupo la aplicación popular de su método y no contentarse con su aleación del “oro puro del análisis” en vez de hacerlo con el cobre de la sugestión directa o a una ayuda material al estilo del Emperador José (las pensiones de guerra o a necesitados).

Invitado en Junio de 1932 —a sugerencia de Albert Einstein— por el secretario del Instituto Internacional de Co-operación Intelectual, Comité Permanente de Arte y Literatura de la Liga de las Naciones Unidas, a sumarse a correspondencia con aquel sobre un tema que en aquellos momentos preocupa a dicha Liga de las Naciones Unidas, responde largamente en Septiembre del 1932 a la carta que Einstein le envía y de la que citamos los últimos párrafos:



“Como usted ve, no es mucho lo que se logra cuando, tratándose de una cuestión práctica y urgente, se acude al teórico alejado del mundo. Será mejor que en cada caso particular se trate de enfrentar el peligro con los recursos de que se disponga en el momento; pero aún quisiera referirme a una cuestión que usted no plantea en su escrito y que me interesa particularmente. ¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted, y yo, y tantos otros? ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente casi inevitable. No se indigne usted por mi pregunta, pues tratándose de una investigación seguramente se puede adoptar la máscara de una superioridad que en realidad no se posee. La respuesta será que todo hombre tiene derecho a su propia vida; que la guerra destruye vidas humanas llenas de esperanzas; coloca al individuo en situaciones denigrantes; lo obliga a matar a otros, cosa que no quiere hacer; destruye costosos valores materiales, productos del trabajo humano, y mucho más. Además, la guerra en su forma actual ya no ofrece oportunidad para cumplir el antiguo ideal heroico y una guerra futura implicaría la eliminación de uno o quizá de ambos enemigos debido al perfeccionamiento de los medios de destrucción. Todo eso es verdad y parece tan innegable que uno se asombra al observar que las guerras aún no han sido condenadas por el consejo general de todos los hombres. Sin embargo, es posible discutir algunos de estos puntos. Se podría preguntar si la comunidad no tiene también un derecho a la vida del individuo, además, no se pueden condenar todas las clases de guerras en igual medida; finalmente, mientras existan Estados y naciones que estén dispuestos a la destrucción inescrupulosa de otros, estos otros deberán estar preparados para la guerra. Pero dejaré rápidamente estos temas, pues no es ésta la discusión a la cual usted me ha invitado. Quiero dirigirme a otra meta: creo que la causa principal por la que nos alzamos contra la guerra es la de que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo. Entonces nos resulta fácil fundar nuestra posición sobre argumentos intelectuales.

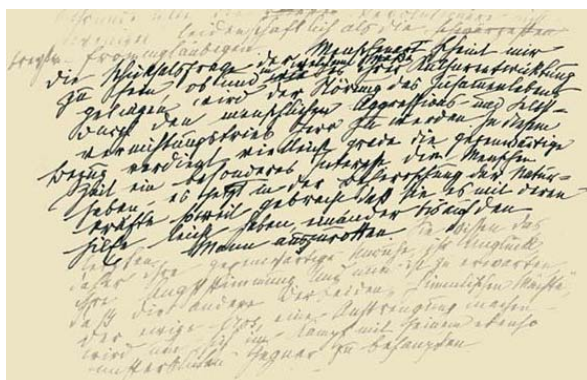
Esto seguramente no es comprensible sin una explicación. Yo creo lo siguiente: desde tiempos inmemoriales se desarrolla en la Humanidad el proceso de la evolución cultural. (Yo sé que otros

prefieren denominarlo: «civilización»). A este proceso debemos lo mejor que hemos alcanzado, y también buena parte de lo que ocasionan nuestros sufrimientos. Sus causas y sus orígenes son inciertos; su solución, dudosa; algunos de sus rasgos, fácilmente apreciables. Quizá lleve a la desaparición de la especie humana, pues inhibe la función sexual en más de un sentido, y ya hoy las razas incultas y las capas atrasadas de la población se reproducen más rápidamente que las de cultura elevada. Quizá este proceso sea comparable a la domesticación de ciertas especies animales. Sin duda trae consigo modificaciones orgánicas, pero aún no podemos familiarizarnos con la idea de que esta evolución cultural sea un proceso orgánico. Las modificaciones psíquicas que acompañan la evolución cultural son notables e inequívocas.

Consisten en un progresivo desplazamiento de los fines instintivos y en una creciente limitación de las tendencias instintivas. Sensaciones que eran placenteras para nuestros antepasados son indiferentes o aun desagradables para nosotros; el hecho de que nuestras exigencias ideales éticas y estéticas se hayan modificado tiene un fundamento orgánico. Entre los caracteres psicológicos de la cultura, dos parecen ser los más importantes: el fortalecimiento del intelecto, que comienza a dominar la vida instintiva, y la interiorización de las tendencias agresivas, con todas sus consecuencias ventajosas y peligrosas. Ahora bien: las actitudes psíquicas que nos han sido impuestas por el proceso de la cultura son negadas por la guerra en la más violenta forma y por eso nos alzamos contra la guerra: simplemente, no la soportamos más, y no se trata aquí de una aversión intelectual y afectiva, sino que en nosotros, los pacifistas, se agita una intolerancia constitucional, por así decirlo, una idiosincrasia magnificada al máximo. Y parecería que el rebajamiento estético implícito en la guerra contribuye a nuestra rebelión en grado no menor que sus crueldades. ¿Cuánto deberemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá no sea una esperanza utópica la de que la influencia de estos dos factores -la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura- pongan fin a los conflictos bélicos en el curso de un plazo limitado. Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra. Lo saludo cordialmente y le ruego me perdone si mi exposición lo ha defraudado.

Suyo, SIGMUND FREUD

Más o menos por aquel entonces Freud añade a su Malestar en la Cultura este último párrafo.



“A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si -y hasta qué punto- el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil

exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas

«potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Más, ¿quién podría augurar el desenlace final?

Unos párrafos más arriba había escrito en la misma obra:

A mi juicio, el concepto de que los fenómenos de la evolución cultural pueden interpretarse en función de un superyó, aún promete revelar nuevas inferencias. Pero nuestro estudio toca a su fin, aunque sin eludir una última cuestión. Si la evolución de la cultura tiene tan trascendentes analogías con la del individuo y si emplea los mismos recursos que ésta, ¿acaso no estará justificado el diagnóstico de que muchas culturas -o épocas culturales, y quizá aun la Humanidad entera- se habrían tornado «neuróticas» bajo la presión de las ambiciones culturales? La investigación analítica de estas neurosis bien podría conducir a planes terapéuticos de gran interés práctico, y en modo alguno me atrevería a sostener que semejante tentativa de transferir el psicoanálisis a la comunidad cultural sea insensata o esté condenada a la esterilidad. No obstante, habría que proceder con gran prudencia, sin olvidar que se trata únicamente de analogías y que tanto para los hombres como para los conceptos es peligroso que sean arrancados del suelo en que se han originado y desarrollado. Además, el diagnóstico de las neurosis colectivas tropieza con una dificultad particular. En la neurosis individual disponemos como primer punto de referencia del contraste con que el enfermo se destaca de su medio, que consideramos «normal». Este telón de fondo no existe en una masa uniformemente afectada, de modo que deberíamos buscarlo por otro lado. En cuanto a la aplicación terapéutica de nuestros conocimientos, ¿de qué serviría el análisis más penetrante de las neurosis sociales si nadie posee la autoridad necesaria para imponer a las masas la terapia correspondiente? Pese a todas estas dificultades, podemos esperar que algún día alguien se atreva a enfrentarse con semejante patología de las comunidades culturales (Mi subrayado)

Ese alguien que un día osó y se aventuró a enfrentarse con la patología de las neurosis culturales, fue Trigant Burrow de Baltimore, uno de sus discípulos, el primer psicoanalista nativo Americano analizado y entrenado por Jung en Zúrich entre 1909-1910, el único americano presente en Núremberg al fundarse la Internacional Psicoanalítica y uno de los once a fundar la American Psychoanalytic Association. A Burrow —las guerras intestinas del psicoanálisis que llevaron a su maestro, Jung, a separarse de Freud, le habían afectado tanto que por fidelidad a la causa en 1914 tenía decidido repetir su análisis didáctico con Freud y este lo había aceptado, cosa que la guerra les impidió llevar a cabo tal como habían concertado. Su destino era el de descubridor del método grupal en análisis o en laboratorio, que luego describiría y para el que acuñaría el nombre de grupoanálisis. Curiosamente, su aventura empieza más o menos al tiempo que sus colegas alemanes, capitaneados por Freud en su «Los caminos de la terapia psicoanalítica», en Budapest están contemplando “revisar el estado de nuestra terapia y a examinar en qué nuevas direcciones podría continuar su desarrollo”. Esto sucede al poco que EE UU entrara como beligerante activo en al contienda, transformando así una Guerra Europea, que si bien viciosa era aún de corte clásico, en una Guerra Mundial, llamada la primera, pero que, bien pensado no acabó nunca, dado que el humillante tratado de Versalles sirvió a los contendientes tan solo de respiro para tomar aliento y prepararse para la segunda y buscar motivo para reanudarla. De la guerra civil que se dio en España, una lucha de talle ideológico, y que de civil tuvo bien poco, dicen costó un millón de muertos, pero que sí sirvió de espacio transicional y banco de pruebas para afilar las espadas para ensayar armas y estrategias a utilizar en la segunda y de precursora a la guerra fría que seguiría por más de otros treinta años hasta la caída del muro de Berlín y la re-unión de las dos Alemanias. De esta guerra yo si me acuerdo, la empecé recién cumplidos los ocho años y se terminó, terminar es un decir, sin haber

todavía cumplido los once. Mi "largo verano del 36" lo pasé en Taradell, en la Plana de Vich: la empecé de veraneante y la acabé de refugiado y acogiendo refugiados murcianos en casa. Eso no me privó del peor de los bombardeos en Barcelona o a mi madre de ser sepultada en uno de los de Vich de la que hubo de ser rescatada, viva pero con una "neurosis de guerra" que la obligaba a hacernos pasar los días en el monte mientras duraba aquel duro invierno del 38. Si no acabé de "niño de guerra" y me ahorré campos de concentración, tener que militar en el maquis y acabar en Mauthausen, morir en las estepas de Rusia o desterrado a Siberia fue gracias a que la "neurosis de guerra" de mi madre se convirtió en prudencia y rehusó ella montarnos camino de la frontera en el camión con que su hermano nos había venido a buscar en la retirada del Ejército de la República. Esta quizás sea otra razón por la que terminara de psiquiatra y psicoanalista e interesado en neurosis de guerra.